

CONFERENCIA DE S. E. MONS. VINCENZO PAGLIA
PRESIDENTE DEL PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA

La academia al servicio de la familia

Santiago de Chile, 24 de mayo 2013

1. ¿Tienen algo que ver la Universidad y la familia? A primera vista podría parecer que ambas se mueven en esferas muy distantes. La Universidad, por un lado, se dedica a una reflexión objetiva, científica, capaz de ser propuesta a todos los hombres en la plaza pública; allí se realizan estudios desapasionados, a la luz imparcial y fría de la razón. La familia, por el contrario, así al menos parece en nuestra sociedad, se mueve en la esfera personal, privada, en el mundo subjetivo de los afectos que cada cual debe guardar para sí.

De hecho, esta distancia entre universidad y familia parece corresponder a algo intuitivo. Si la familia es lugar del amor interpersonal, ¿cómo va a poder someterse a la mirada fría del científico? En un ensayo célebre decía el teólogo ortodoxo Paul Evdokimov: “¿qué es el amor? [...] No podemos decir nada de su nacimiento [...] Si uno aprisiona la luz, esta se le escapa entre los dedos” . La familia, lugar del amor; y la Universidad, espacio de la palabra y el pensamiento, parecen seguir vías paralelas que ni se tocan ni debieran tocarse.

Esta dificultad nos indica que, para responder a la pregunta, habrá que replantear los términos del problema. Por un lado se trata de pensar: ¿Qué es la Universidad? ¿Qué tipo de preguntas se plantea? ¿Qué verdad busca? Por otro lado será necesario esclarecer la esencia de la familia: ¿Es verdad que la familia es una cuestión privada, que vive en la esfera subjetiva del amor? ¿Es el amor solo sentimiento subjetivo? ¿No necesita la familia, hoy más que nunca, de la verdad?

2. En cuanto comenzamos a dar vueltas a estas preguntas nos damos cuenta de que hay una relación muy grande entre la Universidad y la familia.

Por un lado, es misión de la Universidad preguntarse por la unidad del saber. La misma palabra lo indica: uni-versidad, es decir, aquello que gira, que versa en torno a lo que es uno. Es decir, una Universidad debe ser capaz de dar una visión sobre el todo. En cuanto se limita a estudios fragmentarios y no plantea esta pregunta de fondo, falla en su misión propia y en su contribución al servicio del bien común. Una investigación y enseñanza que divida en parcelas el saber pero no recomponga una visión unitaria, no es digna del llamarse universitaria.

Ahora bien, precisamente el matrimonio y la familia parecen tener una relación fuerte con la unidad. El mundo antiguo sabía muy bien que el amor era una clave de unidad, aquello que hace moverse todo en armonía, incluido el sol y las estrellas, como decía Dante al final de su Divina Comedia. Y Jesús, refiriéndose al origen del hombre, a una experiencia común a todos los pueblos, afirmó: “lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre...” (Mt 19, 6). El matrimonio resulta ser lo que Dios ha unido, testimonio de la capacidad que tiene Dios para unir y del modo en que Él une.

En la familia auténtica, podríamos decir, hay un manantial de unidad. Allí se aprende que lo material, el cuerpo del hombre y la mujer, no se oponen al significado, a lo personal, al amor que les une. Allí se aprende que el pasado y el futuro no están separados, que se encadenan de generación en generación. Allí se descubre que lo privado, la vida subjetiva, no se cierra a la vida común, compartida con otros. Allí se comprende que la identidad del hombre no rechaza el misterio que la acoge y eleva más allá de sí. ¿No puede este potencial de unidad iluminar la búsqueda universitaria, ante la crisis de una fragmentación aguda del saber?

La Biblia ha entendido bien esta relación entre el amor familiar y la sabiduría complexiva. Así lo recoge certeramente la tradición sapiencial. El libro de los Proverbios lo expresa en forma de acertijo. Habla allí de tres enigmas y un cuarto, que luego enuncia: “el rastro del águila en el cielo, el rastro de la serpiente en la roca, el rastro del barco en alta mar, y el rastro del hombre en la doncella” (Prov 30, 19). La frase evoca el entero orden de la creación, tal como se recoge en las páginas del Génesis: primero el cielo (águila), luego la tierra (serpiente) y finalmente el mar (el barco). Todos estos ámbitos caen bajo la mirada universitaria del sabio. Todo tiene una unidad, que mira hacia el último enigma, el rastro del hombre en la doncella, que se ha interpretado

en dos sentidos, ambos en relación con la familia. El enigma es, por una parte, el de la unión conyugal: el hombre que entra en la mujer. O puede ser también, sin oponerse, el enigma del nacimiento del hijo: el hombre que sale de la mujer. Es como si todos los caminos del mundo creado confluyesen en este camino final, el de la unión de hombre y mujer que engendran un hijo. Y como si todo el esfuerzo del sabio consistiese en entender esta unidad.

Juan Pablo II ha expresado bellamente este nexo entre la unión conyugal y el conocer unitario del sabio, a partir del uso en la Biblia del verbo “conocer” . “Adán conoció a Eva, su mujer”. No se trata aquí de la pobreza del vocabulario hebreo, que no tendría una palabra propia para decir la unión conyugal. Observamos, más bien, una particular hondura: en la unión conyugal de hombre y mujer el hombre conoce finalmente quién es, cuál es su nombre. Conoce el sentido de su cuerpo, en la diferencia sexual de hombre y mujer, capaz de unirle a su cónyuge y de transmitir vida. Conoce su vida en la dimensión de Dios, el Creador, que se hace presente en el amor humano.

3. Esta búsqueda de unidad es necesaria hoy en nuestras universidades, amenazadas por la fragmentación del saber. Hoy en día, como nota Alasdair McIntyre, el problema no es que falte una respuesta a la pregunta por la unidad; el problema es que falta la misma pregunta por la unidad . Cuando las universidades no suscitan la búsqueda de la verdad en su total amplitud, es que han perdido su vocación universitaria, porque ya no piensan en la cuestión del sentido del todo y se convierten en “pluri-versidades”.

Todo esto nos lleva, en cierto sentido, a cambiar la pregunta con que empezábamos. Y ahora vemos que también se puede plantear esta cuestión: ¿cómo puede la familia ayudar a la universidad? Hay algo en la familia que es clave de unidad, eso que “Dios ha unido”, y nos enseña a superar un saber fragmentado. Si la Universidad acoge la preocupación por la familia, si la estudia en todos sus aspectos, resultará enriquecido su entero estudio de lo real.

Todo esto nos invita a subrayar, en concreto, el papel de institutos de matrimonio y familia dentro de la Universidad. Ellos representan como un lugar de unidad que sirve, no solo a la familia, sino a la universidad en la que se encuentran. Pues a través del

estudio de la familia, los institutos universitarios no pueden sino buscar la unidad de las ciencias humanas. Y es que estas ciencias son una a partir de una visión unitaria de la persona; y la persona es una a través de las relaciones que la asocian a otros, relaciones primarias que se viven en la familia, como la del padre, el hijo, el esposo y la esposa. Esta antropología relacional, que no ve al hombre como sujeto aislado sino como persona relacional, es la que nos permite encontrar la unidad de todo. Ocurre entonces, fíjense bien, como si los institutos universitarios sobre la familia, en virtud de su mismo objeto de estudio, estuvieran obligados a buscar la unidad, a huir de un saber fragmentado, y pudieran enriquecer la labor de todas las facultades universitarias. Igual que el rey Midas convertía en oro todo lo que tocaba, así la familia convierte en unitario, en integral, todo aquello a lo que se acerca.

Desde aquí podemos volver a nuestra pregunta. Nos hemos dado cuenta de que sigue una dirección doble. No se trata solo de lo que la Universidad puede hacer por la familia. Sino también de lo que una visión familiar del hombre puede hacer por la Universidad. Hay en la familia una llamada a la Universidad para que retome la altura de su misión. Solo desde ahí podrá hacer un servicio a la familia. Todo lo que diremos será, pues, camino de ida y vuelta. Cada afirmación sobre la ayuda de la universidad a la familia será una crítica constructiva del trabajo universitario. Solo si la Universidad busca la unidad del saber podrá ayudar al matrimonio y la familia.

4. La Universidad se plantea, en primer lugar, la cuestión de la verdad. Esta cuestión, hoy olvidada, se refiere a la pregunta por el todo, por la coherencia y el sentido de nuestra vida y de la sociedad. Es un mal de nuestras universidades una especialización exagerada en que nadie se hace las grandes preguntas que relacionan unas ciencias con otras, y que cada ciencia, desde sí misma, no puede responder.

A este respecto es importante que la universidad desarrolle una visión completa del hombre, pues él es el lugar donde se encuentran las diversas ciencias. Ha sido una antropología del sujeto aislado la que ha provocado la desintegración de las ciencias. Por el contrario, una perspectiva que vea al hombre abierto al mundo y a los otros, que contemple a la persona en relación, tendrá la clave para unir entre sí las ramas del saber.

Todas se refieren a la persona, y desde la persona se abren a la comunidad, al cosmos, a la historia entera. Esta mirada ayuda a integrar las ciencias, les desvela su método adecuado.

En esta visión unitaria es muy importante la labor de la teología, que ha sido siempre esencial en la Universidad desde sus comienzos. La cuestión de la verdad no puede plantearse sin abordar la cuestión por el fundamento de todo, la cuestión de Dios. Pues al final el hombre, desde sí mismo, no da cuenta de la unidad, que siempre le antecede, le acoge, le supera. La unidad de que hablaba Jesús: “lo que Dios ha unido”, no procede del hombre solo, no se consigue simplemente con la voluntad humana ni se descubre sin más con su entendimiento. Su comprensión solo es posible cuando entendemos que hay una unidad anterior a la que podemos crear nosotros, y que se manifiesta en medio de nuestras vidas. El Beato J.H. Newman insistía en esta presencia de la teología en la universidad. La teología es el factor crítico que nos convence continuamente de que la realidad supera a los propios esquemas, de que siempre hay un fundamento más hondo al que el hombre pueda por sí mismo colocar.

Si la Universidad desarrolla esta misión, podrá ayudar a la familia en un aspecto muy importante. La convencerá de que necesita esta verdad, de que no puede reducirse a una cuestión privada subjetiva, que torna estéril, en definitiva, a la familia. Hoy se piensa que los individuos tengan derecho a definir qué entienden por familia, que cada uno pueda diseñar su propia familia. Y es que se mira la familia como cuestión privada, afectiva. De esta forma se parte de una visión aislada del sujeto, que es una visión reducida. Por el contrario, la familia está llamada a servir al bien común, y por eso debe ser una familia abierta. No es solo una cuestión privada, sino que genera capital social, está al servicio del bien común. Por eso no todas las uniones son iguales, ni todas pueden ser protegidas del mismo modo por el Estado, porque hay uniones que enriquecen más la vida pública; uniones que enseñan a apreciar la naturaleza como un don recibido, con un lenguaje propio; uniones que abren futuro para el hombre, pues generan vida. Plantear la cuestión de la verdad del amor, reflexionar sobre sus coordenadas originarias, válidas para todo hombre, es un gran servicio de la universidad a la familia. A este respecto no debemos olvidar el antiguo adagio latino: “Veritas, non auctoritas facit matrimonium”.

Entonces entendemos también que la Universidad presta una ayuda importante a la pastoral de la familia y, por tanto, a la misión de la Iglesia. Una pastoral que no tenga en cuenta la cuestión de la verdad es una pastoral de alas muy cortas, de duración breve. Propondrá soluciones que duren hoy y no sirvan mañana. Esto es especialmente importante en nuestra crisis cultural: pues en la postmodernidad no basta la buena voluntad, hace falta además la luz que nos permita orientarnos, que nos enseñe de nuevo los símbolos esenciales de la vida para aprender el camino de la felicidad.

5. La Universidad no reflexiona en abstracto sobre la verdad. Al contrario, en ella se tiene en cuenta el camino del hombre en la historia. La verdad universitaria empieza por el recuerdo, por ser guardiana de la memoria: en la Universidad se custodia el camino del saber, en sus aulas vibran las voces de los grandes pensadores, gigantes que nos precedieron y sobre cuyos hombros se levanta nuestra mirada. Y es misión de la Universidad iluminar, a partir de esa memoria, los pasos del hombre por el futuro, tratando de aguzar la vista para descubrir a donde se dirige el rumbo del mundo. En efecto, el saber no empieza de cero, sino que se recibe de otros; y su descubrimiento no se queda en nosotros, sino que pasa a nuestros hijos, a las generaciones que nos seguirán.

Todo esto implica que en la Universidad se reflexiona sobre las distintas narraciones que se ofrecen a la vida del hombre. De esta forma la pregunta por la verdad no se plantea en modo abstracto, sino que es una verdad que se refiere al tiempo que vivimos, al curso de los siglos. Aquí entra la importancia que tiene para la universidad la historia y también la literatura y el teatro, el arte de contar relatos que orientan el camino del hombre en la vida.

Esta es en el fondo la idea bíblica de verdad, que estaba siempre asociada al tiempo. En la Biblia la verdad de Dios es su fidelidad. Es un Dios verdadero, es decir, un Dios fiel, porque mantiene la alianza con su Pueblo, como mantiene la alianza con toda la creación, conservando el orden del cosmos. La mirada del sabio es la que sabe recomponer todos los momentos de la historia, planteando la pregunta por el origen y fin de las cosas. Es siempre una pregunta acerca del camino, como hemos escuchado: “el

camino del águila... de la serpiente... de la nave... el camino del hombre por la doncella...”

Creo que desde aquí se puede iluminar también a la familia, que hoy anda perdida, sin entender muy bien su gran potencial para transmitir una tradición y generar un futuro. La psicología, pedagogía, sociología y demás ciencias humanas, pueden ayudar en esta misión, recuperando las grandes preguntas por el origen y fin de la vida del hombre. Y así, por ejemplo, ¿no es un gran problema de la modernidad la ausencia del padre, que hace imposible plantear un relato sobre los orígenes y, a la vez, imaginar un futuro fecundo? La familia necesita también recobrar el sentido de la vida que se genera y transmite, y recibir la ayuda adecuada para que entienda que puede ser manantial de futuro.

Otro ejemplo: es necesario que la familia recobre su confianza en la capacidad de prometer, que entienda que en ella hay como un manantial de promesa, básico para la vida social. La verdad, en cuanto toca a la familia, se refiere a la capacidad de decir “para siempre”, que es capacidad de poseer el futuro por anticipado. Un amor sin verdad es un amor pasajero. La Universidad, reflexionando sobre la verdad, sobre la unidad de la historia, nos ayuda a confiar de nuevo en el “para siempre” del amor.

6. A todo esto hay que añadir la dimensión social de la vida universitaria. La universidad ejerce una visión benéfica para la ciudad del hombre en cuanto es capaz de plantear la pregunta por la verdad. En ella el joven aprende que su vida se pone al servicio del bien común. De esta forma la universidad puede mostrar a la familia que tiene una vocación social. El amor tiene una verdad, y por eso puede inspirar también las instituciones sociales. La Universidad está llamada a indagar la verdad de las relaciones humanas y, de este modo, ayuda a la familia a edificar, el bien común, unida a otras familias. La familia hoy no sale de sí porque piensa que su verdad ilumina solo de puertas adentro, que no es verdad pública, y con esto se ahoga en el vaso de agua de los pequeños afectos privados.

De nuevo son esenciales para esto los institutos universitarios de familia. Con sus diferentes estudios sobre la familia pueden mostrar a la sociedad que la familia es fuente

de riqueza social, que no es opción privada entre dos individuos. La familia auténtica, fundada sobre el matrimonio entre un hombre y una mujer, abierta a la transmisión de la vida, realiza un servicio insustituible a la sociedad. Solo en ella se enlazan las generaciones, una con otra, conservándose la memoria y abriéndose la esperanza al futuro. Solo en ella se aprende que el mundo material no es una prisión en que nos encontramos, un límite que sobrepasar, sino una casa que nos acoge y nos permite vivir dignamente. Solo en ella la persona reconoce que es generada por otra persona, que no puede generarse a sí misma, hacerse centro de su propio mundo, sin relaciones hondas con los otros hombres. La Universidad puede mostrar a la sociedad todo el bien que la familia auténtica aporta: ya sea para los servicios de salud, ya sea para la labor educativa, o para el modo en que se trabaja, o para proteger el medio ambiente o entender que la economía tiene también que ver con el don y la comunión...

7. En todo esto la Universidad tiene que plantearse el problema de la educación, de la formación de personas. No puede promover un saber impersonal, que no tenga en cuenta que el joven necesita, antes que nada, comprenderse a sí mismo, su camino en la vida. Su misión es educar a los jóvenes para que desarrollen una visión integral del hombre y puedan así servir al bien común. Tiene aquí sentido plantearse la pregunta, no solo por la utilidad que los estudios reportan al joven, por lo que puede conseguir con ellos, un trabajo mejor o peor, una posición social más avanzada. Se trata sobre todo de aprender a apreciar y buscar lo que es bueno en sí mismo, y no solo porque me permite subir un escalón más en mi carrera; algo que merece la pena de por sí, porque promete ya en sí una plenitud, porque enseña la razón misma de vivir. La experiencia del amor que se vive en familia nos ayuda a entender esta “bondad en sí misma”, que rebasa el principio utilitarista que muchas veces impulsa la educación universitaria. Por eso se da un círculo fructífero entre universidad y familia que es preciso saber alimentar.

El eros era para Platón una fuerza que movía al saber, que elevaba al hombre, haciendo que le crecieran alas (“ala” es en griego pteros). Cuando el eros ha perdido su norte, cuando se ha hecho mera búsqueda de un placer aislado, que termina en sí mismo, el joven pierde también el interés por la sabiduría, por buscar la unidad del todo. He aquí, de nuevo, un lugar de alianza entre universidad y familia, que ayuda al joven a entender

que, en la unidad de vida que le promete el amor, está también la unidad del saber que funda la Universidad.

8. He aquí, pues, la misión que se abre a la Universidad, que puede encontrar en la familia un gran aliado. La familia ayuda a la Universidad, pues en la familia se forja la visión unitaria del mundo y de la historia, la capacidad de compartir una misma visión de la vida; allí se forja la confianza en que la verdad es posible y buena. La Universidad, por su parte, ayuda a la familia, cuando abre el camino para descubrir la verdad del amor que la funda; cuando le devuelve la confianza en un camino unitario en el tiempo; cuando la abre a un servicio social. Y de este modo el servicio de la Universidad se hace un bien común: se muestra cómo la familia es fuente de desarrollo, de convivencia, cómo preserva el pasado y genera un futuro nuevo. Gracias a la Universidad la familia auténtica, fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer y abierta a la generación de la vida, muestra su gran servicio al bien común. Por eso invito a las Universidades a poner su búsqueda de la verdad al servicio de la familia, con publicaciones que ayuden a entender su misterio y su posición en el mundo y en la ciudad de los hombres; a que formen profesores que entiendan de familia y vean en la familia la clave para entender el centro de la vocación humana y la forja de la sociedad; a que fomenten dentro de sus universidades a los institutos de familia, que nacen según la inspiración del Papa Juan Pablo II, y que asocien entre sí estos institutos. El mismo Beato Juan Pablo II fundó en Roma un instituto con su nombre, para que investigara la verdad del plan de Dios sobre el matrimonio y la familia; entendía que la labor formadora de personas deja a largo plazo la huella más duradera al servicio de la persona y la sociedad.

9. De este modo, a partir del interés por la familia y por el misterio que en ella se esconde, se puede suscitar de nuevo la cuestión de Dios, que por demasiado tiempo ha estado ausente de las universidades. Si la pregunta sobre Dios se elimina, ya no tiene sentido preguntarse por la verdad que supera al hombre, que le precede y le promete un cumplimiento, y el mismo ser humano deja de ser clave en la interpretación del mundo. Entonces la verdad se queda solo en juego de palabras, en manipulación al servicio del

poder. La búsqueda de Dios es recordatorio de que la realidad es siempre más rica; buscar a Dios es estar abierto a la crítica constante contra la tentación de aprisionar la verdad, de entenderla como poder utilitarista. ¿Y cómo suscitar de nuevo el deseo de Dios, la capacidad de encontrarlo vivo en medio de las preocupaciones del hombre, de hacerlo salir de la mirada subjetiva para inspirar el servicio al bien común? Aquí la universidad, de nuevo, puede volver la vista a la familia, para pedirle ayuda. Pues en ella se percibe el misterio, que hizo confesar el nombre divino a la primera mujer (cf. Gén 4,1), ese misterio del camino del hombre por la doncella, a que hacía referencia el Sabio (Prov 30, 19) y que, en el Cantar de los Cantares, fruto de la tradición sapiencial, se descubre ardiendo dentro del amor, definido como “llamarada de Yahvé” (cf. Ct 8, 6).